SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.

HABANA.

Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria.

CALLE DE O'REILLY, NÚM. 54.

1871.



E. GIRARDIN.

[illegible] PROPAGANDA LITERARIA. Editor

1863

A.Dem[illegible] Engraver B'way N.Y.



EMILIO GIRARDIN.



EMILIO DE GIRARDIN.

Cuando tomo en mis manos un periódico; cuando recorro sus columnas; cuando considero la diversidad de sus materias y la riqueza de sus noticias, no puedo ménos de sentir un rapto de orgullo por mi siglo, y de compasion hácia los siglos que no han conocido este portento de inteligencia humana: la creacion más extraordinaria de todas sus creaciones. Todavía comprendo sociedades sin máquinas de vapor, sin telégrafos, sin las mil maravillas que la industria moderna ha sembrado en la vía triunfal del progreso, ornada de

tantos monumentos inmortales; pero no comprendo una sociedad sin ese libro inmenso de la prensa diaria, en el cual se registran por una legion de escritores, que debian ser sagrados para los pueblos, nuestras angustias, nuestras vacilaciones, nuestros temores y los grados de perfeccion que vamos alcanzando en la obra de realizar un ideal de justicia sobre la faz de la tierra.

Yo comprendo hasta la vida monástica, hasta el aislamiento de un hombre que renuncia á la dilatacion de la inteligencia en la sociedad, y á la dilatacion del corazon en la familia, para consagrarse á Dios, á la ciencia, á la caridad, á la meditacion, al ócio, si se quiere, en una de esas islas morales que se llaman monasterios. Pero yo no comprendo que ese hombre renuncie á leer un periódico, á pensar diariamente con el cerebro de toda la humanidad, á sentir con el corazon de todos los hombres, á mezclar su vida en el oceano de la vida humana, viendo correr sobre sus olas el viento de todas las ideas. Los antiguos chinos tenian una institucion portentosa, una institucion de historiadores. Encerrados en un palacio, y circuidos de jardines, se consagraban los historiadores chinos en silencio á escribir los hechos diarios, con la severa majestad propia de los jueces del tiempo, de los dispensadores de la inmortalidad. Al lado de la dinastía celeste de Emperadores se hallaba esta severa dinastía de tribunales. Eran más que una magistratura, eran un sacerdocio, y todos los acataban como los

representantes de la conciencia humana y como los emisarios de la divina justicia. Su ministerio estaba reducido á grabar en páginas inmortales, que debian conservarse como el vínculo de las generaciones, los hechos más importantes del Imperio. Jamás pueblo alguno honró á sus sacerdotes como estos primitivos actores de la historia, que después han vivido en una infancia eterna, honraron á sus historiadores.

Pues bien; yo digo que los pueblos modernos debian de una manera análoga honrar á los periodistas. Por estos escepcionales testigos, saben los rayos de luz que se cruzan en nuestro hizonte; por estos jueces llegan en definitiva á tener formulado el juicio de la conciencia humana sobre todos los hechos. Importa poco la pasion de partido, sin la cual acaso no se comprendiera esta obra portentosa, que como todas las obras humanas, há menester para moverse el vapor de una gran pasion. Importa poco el silencio calculado en unas ocasiones, la parcialidad en otra, la injusticia hasta la mentira, porque de esa guerra de las fuerzas espirituales resulta la vida total, como de las sombras resulta la armonía de un cuadro. Mejor seria que no hubiese todos estos males, como seria mejor que no hubiese ni enfermedades físicas ni desgracias morales; pero es tan difícil de rectificar la sociedad como la naturaleza, y sus leyes son tan complicadas como las leyes mecánicas del Universo, y á veces tan fatales. Y es una fatalidad del organismo social que encuentre el progreso obstáculos en las gran-

des obras creadas para impulsarlo; que se levante lo pasado con sus errores y se apodere del instrumento forjado para destruirlo; que sirva mucho á formar el mundo caliginoso de la mentira el luminosísimo éther derramado á torrentes para formar el mundo de la verdad. Pero si un dia fueran llamadas á juicio todas las instituciones de que tanto se enorgullecen los pueblos, y se presentáran llevando cada cual en una mano los bienes que ha hecho, y en la otra los males, acaso ninguna podria levantarse tan pura como la Imprenta, y ninguna mereceria una bendicion más justa de la conciencia humana.

Obra maravillosísima es esta de un periódico, obra de ciencia y de arte. Seis siglos no han podido rematar aún la Catedral de Colonia, y un dia basta para rematar la obra inmensa de un periódico. No se pueden medir los grados de vida, de luz, de progreso, que hay en cada hoja del libro inmortal que forma la prensa. En él, desde las insignificantes noticias relativas á los séres más desconocidos, hasta el discurso que resuena en la más alta tribuna y conmueve todas las inteligencias; en él, desde las sensaciones fugaces de un baile, hasta las obras de arte que entran serenas en la region de la inmortalidad. Esa hoja maravillosa es la enciclopedia de nuestro tiempo; enciclopedia que necesita una ciencia incalculable, una ciencia cuya fuerza no puede medir hoy nuestra generacion; una ciencia que es como la condensacion del espíritu de todo un siglo.

Cuando yo me figuro á Aténas, me la figuro espléndida, con sus legiones de escultores y de poetas; con sus asambleas donde cada discurso era un himno; con sus cantores; con aquel teatro que tenia por fondo las ondas del Mediterráneo; con aquellas procesiones en que iban las vírgenes griegas, coronadas de flores, danzando al son de las cítaras; con aquellas estátuas que realizaban el bello ideal de la hermosura plástica; con aquellos juegos olímpicos donde los blancos caballos arrastraban en el carro de oro los jugadores armados de su lanza, como Júpiter del rayo; con sus escuelas en que se aprendia á un mismo tiempo la metafísica, la gimnasia, la música y la geometría; con toda su vida, que era el culto divino de la hermosura y del arte. Pero ¡ah! me entristece de aquella civilizacion, me entristece horriblemente el que no tuviera periódicos, pues por el periódico dejamos de ser miembros de una ciudad para ser ciudadanos del mundo.

Obreros de la Imprenta, escritores modestos y oscuros, no habeis podido nunca medir toda la importancia de vuestra obra, porque habiendo nacido en medio de ella, la considerais como una parte de vuestro mismo sér. Pero ¡ah! sin vosotros, los hombres más ilustres se perderían, las glorias mayores, serian como campanas sonando en lo vacío. Vosotros llevais á cada uno los dolores de todos. Vosotros llevais á los doloridos, las esperanzas de todos. Vuestras plumas son como los hilos eléctricos que unen las regiones del planeta. Vuestras ideas son como los

átomos de aire en que respiran nuestras almas; son como la atmósfera moral del Globo. Es necesario medir toda la dignidad de este ministerio para poder ejercerlo con toda su majestad y con toda su grandeza. Es uno de los más sublimes que puede ejercer el entendimiento humano. Hablemos de uno de los soldados de la prensa.

Cerca del Arco de la Estrella, en la avenida del Rey de Roma, se levanta un magnífico hotel donde habita uno de los primeros periodistas del mundo. Es Emilio Girardin, del cual vamos á trazar un bosquejo, en estos retratos que toscamente dibujamos. Después que hayamos descrito su vida, describirémos el escritor á quien hemos conocido y hemos tratado en esta capital del mundo, en que sus artículos son aplaudidos por unos, condenados por otros, pero interesantes siempre para todos. Emilio Girardin ha tenido maravillosamente dos artes muy difíciles; llamar sobre sí la atencion pública, y después de llamarla con un grande atractivo, fijarla sobre sí con una grande constancia. Narremos su vida.

Su nacimiento fué novelesco. El mismo no sabe el año ni por consiguiente el dia en que vino al mundo. Es hijo de unos amores ilegítimos. Cuando en los combates diarios le han echado en cara esta desgracia, en la que no tiene ciertamente ninguna culpa, ha dicho á los periódicos imperialistas: "no fué en verdad mi madre la única gran señora que en tiempo del primer Imperio, tuvo hijos de otro que no fuera su marido." Así

es que ha disputado él mismo, sobre si nació en 1805 ó en 1802; sobre si se llama Emilio Girardin, ó Emilio Celamothe. Francia tiene un gran interés por todos sus hombres ilustres. Pero este interés no deja de serles un poco incómodo, ya que, mediante él, salen todos los dias á plaza las más pequeñas minuciosidades de su vida privada. Proudhon echaba muy de ménos en su pais no solamente una ley de *Habeas corpus* que pusiera el hogar léjos del alcance de los esbirros, sino tambien una ley de *Habeas animam*, que pusiera la vida léjos del alcance de los biógrafos.

Ahora tiene Girardin sesenta y seis años, y como Thiers en la tribuna, este hombre infatigable ha conservado en la prensa toda su constancia, todo su fuego, todo su mérito para la improvisacion, todo su empeño en el trabajo.

Su educacion se ha resentido de la desgracia de su orígen. Uno de los mayores males que tiene el amor ilegítimo es la necesidad de ocultar los hijos, el grande orgullo del corazon, el premio mayor de los amores legítimos y santos. Un hijo, la gloria y la virtud de una madre, se convierte por la culpa en remordimiento para la conciencia, en deshonor ante la sociedad.

Los padres de Girardin ocultaron el fruto de sus amores en una casa modesta del boulevart de los Inválidos, que entónces era un arrabal exterior de Paris. Allí se educó, á las orillas del Sena, entre las be-

llas alamedas que esmaltan los alrededores de esta ciudad y los sombríos, pero majestuosos monumentos que recuerdan la historia de Francia.

Era bien extraño el colegio donde corrieron sus primeros dias. Podia llamarse una casa de pequeños huéspedes. Una buena mujer, Madama de Choisel, criaba niños confiados por ricas familias. Los habia legítimos, lo cual no es de extrañar en el hábito detestable que las madres han contraido en Francia de diferir en ajenos lugares el santo ministerio de la educacion de sus hijos. Jamás admitió Madama Choisel más de diez colegiales. En la misma casa tenia un niño y una niña la célebre Teresa Cabarrús, aquella mujer de hermosura extraordinaria, que tanto influjo tuvo, por su gracia, en los acontecimientos de principios del siglo, y que tanto contribuyó por sus artes á la caida de la República.

La vida del niño Emilio era á la sazon expléndida. Sus padres le procuraban cuanto podia halagar sus infantiles instintos. Visitábanle á menudo, mostrándole un gran cariño, aunque le ocultaban su habitacion y su nombre. Ya iba á verle en coche forrado de raso color de rosa, una jóven de rara hermosura, que se deshacia en caricias, muchas veces mezcladas de lágrimas; ya un jóven militar de alta graduacion, apuesto de figura, duro de carácter, que recomendaba el niño á los jefes de la pension solícitamente, si bien con aire de proteccion imperiosa.

Madame Choisel y su esposo deseaban conocer el

misterio que rodeaba la cuna de aquel niño. Esta ciudad es muy grande; la investigacion de un nombre muy difícil. Y todavía no estaba fundada una sociedad que hoy existe, con organizacion propia, con oficinas montadas, con anuncios en los periódicos, y cuya industria consiste en averiguar las vidas ajenas, en pagar agentes para seguir á las personas que algun amigo ó algun enemigo tiene interés en celar.

La noble pareja que tanta solicitud tenia por Girardin, echaba oro en sus manos, pero tambien sombras en su inocente alma. La buena de Madame Choisel se consumía de impaciencia por averiguar el nombre y la vida de tan misteriosos personajes. Pero no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, ni misterio que no se descubra en esta sociedad, donde la justicia es, al cabo, como la mecánica en la bien montada máquina del Universo.

Un dia la dama desapareció completamente. Emilio se quedó sin el rayo de aquella mirada que hacia brotar esperanzas en su alma, sin el beso de aquellos lábios que depositaban en sus lábios la miel del amor maternal, tan necesaria en la infancia. Este eclipse moral entristecia sus primeros dias. Así, cuando ya los misterios de la vida se fueron esclareciendo á sus ojos, sospechó que nuevas culpas habian retraido á la madre de visitar y atender al hijo de sus culpas anteriores. En cuanto al militar, si bien iba alguna vez á visitar á su hijo, iba de tarde en tarde, sin hablarle jamás ni una palabra de la desaparicion de la dama.

¿Quién era este militar de tan alta graduacion y que tenia aires de príncipe? Girardin lo ignoraba, y lo ignoraban tambien los dueños de la casa en que Girardin residia.

Pero al fin se descubrió el misterio. Hay en los alrededores de Paris un sitio real que se levanta sobre una colina sembrada de bosques, á orillas del Sena, el cual parece allí por sus graciosos recodos, por sus quebrados bordes, por sus verdes aguas, un rio de Suiza. María Antonietta compró esta bella casa de campo. Y la compra de St. Cloud fué tan fatal á su dinastía como la compra del célebre collar de la Reina. Napoleon I gustaba, como gusta Napoleon III, de este sitio de St. Cloud, que reune, por su proximidad á Paris, las ventajas de la capital á los placeres del campo.

Un dia que Mr. Choisel paseaba por las umbrosas alamedas de St. Cloud, vió venir el coche del Emperador. Es natural en todo el mundo la curiosidad de ver al jefe de un Estado, al que tiene en sus manos los derechos de los hombres y la fortuna de los pueblos. Es más natural todavía detenerse á contemplar aquel génio extraordinario que por montañas de cadáveres habia escalado las rotas gradas del trono francés, y se habia sentado en su cima, con el águila de Júpiter sobre la frente, el laurel de César en las sienes, el manto de Carlo Magno en los hombros, la dictadura en las manos, el mundo por presa, los reyes por lacayos, y por esclava la victoria. A la portezuela del co-

che de Napoleon I iba el protector misterioso de Emilio, el protector desconocido, que era un gener l y representaba el aparatoso papel de Gran Cazador en aquellas dignidades bizantinas de que Napoleon I habia llenado su lujosísima córte. Desde entónces los señores de Choisel llamaron Baron á su jóven pupilo.

Pero la proximidad de su padre á Napoleon I debia ser fatal, muy fatal para el futuro periodista. Napoleon, que así trataba de las fuerzas de una batalla, como del corte de un vestido; y que así arreglaba tratados diplomáticos entre las naciones como tratados matrimoniales entre las familias de sus amigos, decidió casar á su Gran Cazador. Esta fué la desgracia mayor de Girardin. El matrimonio hizo que el gran cazador olvidara al hijo de sus primeros amores. El colegio rico se convirtió en la casa de un veterano de Egipto, los cuidados antiguos en crueldad, el lujo en pobreza; y á los catorce años, encerrrado en una bohardilla, sin libertad ninguna, se moria de palidez, de tristeza, el nervioso escritor, como las aves sin aire, como las plantas sin sol. Le salvó de la muerte un viaje á la ruda Normandía. Le dió robustez la vida agreste en la cabaña de un campesino. Vistió el traje de los trabajadores del campo, se encallecieron aquellas manos destinadas á manejar una de las plumas indudablemente más ligeras, más flexibles, más finas de toda la literatura moderna.

Cuatro años llevó Girardin la vida de campesino, esta vida de trabajos, ruda, pobre, mas conveniente á

su salud. Cuando tiraba la azada, recogia el libro. Y en los ratos de ócio se daba á vagar leyendo por los prados. Su educacion era su propia obra. De aquí dos cualidades que no le han abandonado nunca; la independencia llevada hasta el capricho, y la satisfaccion de sí propio llevada hasta el egoismo.

Rompió de pronto con esta servidumbre, porque hombre de verdadera vocacion, sentíase débil para trabajar en el campo, y fuerte para trabajar en la opinion. A los diez y ocho años abandonó la Normandía y se vino á Paris. El campesino se iba á convertir por un milagro de su insondable voluntad en escritor. Paris es un oceano donde muchos se ahogan; pero donde tambien los hábiles marinos sociales bogan mejor entre el grande oleaje recogiendo los impetuosos vientos. Su primer idea fué buscar á su padre. Se presentó en su primer colegio. Madame Choisel no le dió ninguna luz. Fué á ver despues al veterano que tanto le habia malirado lo, al militar de las Pirámides; y este le aconsejó que no armára escándalos. Redújose, después de una série de amargos desengaños, á cultivar las facultades verdaderamente excepcionales con que le dotara la naturaleza para las artes de la palabra escrita, facultades de una gran tension y de una fecundidad infinita.

En aquellos tiempos, en 1824, reinaba la Restauracion, ese semi-absolutismo y ese semi-parlamentarismo. Y en tiempo de la Restauracion el Palais-Royal era el centro de Paris. Inmenso edificio henchido

siempre de gentes, lleno de tiendas, de cafés, de garitos y de mancebas; era una especie de Babilonia del trabajo y tambien del vicio. Entre estas inmundicias morales se anidaban gabinetes de lectura, bibliotecas donde se reunia una gran parte de la juventud literaria. En estos centros de ideas comenzó Girardin á desplegar sus facultades propias para las batallas de la inteligencia.

Por fin encontró á su padre, un tanto oscurecido por las adversidades del Imperio. Aunque tan cruelmente habia procedido con él después de su matrimonio, no fué desoido el llamamiento del jóven al corazon del padre. La natu"aleza recobraba su voz y sus derechos. El antiguo general le buscó un cargo burocrátrico en uno de los ministerios de la Restauracion. Entónces Emilio Girardin escribió un libro que era en parte la historia de su vida. El libro tenia por título su propio nombre; se llamaba *Emilio*. Hay en todo él un acento de amargura, un escepticismo burlon, una atrabilis, un desprecio á las máximas y principios más corrientes y más admitidos, que debian dar mala idea de su autor, tanto más cuanto que este presentaba todo aquel conjunto de ideas como el código de reglas de conducta en su vida práctica.

Girardin no pertenece al número de los hombres que tienen un ideal en la conciencia y que lo realizan con una gran moralidad y una gran consecuencia en la vida. Girardin ha mirado siempre más que á la idea, á la realidad, y más que al conjunto de las le-

yes morales, á estas fuerzas mecánicas de la sociedad en las cuales entra á veces por una tan gran parte la injusticia, el error, el crímen. No habia nacido con uno de esos temperamentos destinados á prestar culto platónico á lo ideal; habia nacido para el combate, y en el combate se ha manchado muchas veces de barro y de sangre.

Para combatir en una ciudad tan materializada, y tan egoista como la sociedad de su tiempo, necesitaba fortuna. Para tener fortuna, y fortuna espléndida, como él soñaba, no basta el trabajo de un escritor, se necesita el cálculo de un comerciante. El templo del oro es la Bolsa; el cielo de donde baja la argentada llúvia de la fortuna improvisada es la bolsa. Girardin recogió unos pocos ahorros que su padre le destinára para la época de su mayor edad, dejó el ministerio por desgracia de su protector, entró en casa de un agente de Bolsa, tocó orgulloso con sus manos la puerta del templo de la fortuna. Pero fué mal recibido. La fortuna le volvió la espalda. Se encontró arruinado. Entónces volvió á llamar al corazon de su padre. Este le rechazó friamente. Quiso sentar plaza. Los cirujanos militares declararon que su complexion era muy débil para el servicio militar. Entónces, sin nombre, sin proteccion, sin fortuna, sin familia, sin amigos; imposibilitado de consagrarse hasta el honrado, pero penoso ejercicio de las armas, desencantado de sus ilusiones más caras, desengañado de sus más queridas esperanzas; herido en el corazon y en la frente; aban-

donado á todos los combates de la fortuna en este inmenso Paris donde la soledad en medio del tumulto, es más triste que la soledad en el desierto, cruzó por su mente como la nube que podia contener todo su porvenir, la idea tempestuosa y siniestra del suicidio.

Para combatir con un gran ejemplo la resolucion desesperada del suicidio; para comprender en una gran enseñanza los milagros de la voluntad, no hay como acordarse del pobre jóven próximo á naufragar el año veinticuatro, y que hoy fulmina sobre Paris los rayos de su elocuencia y conmueve mil veces á Europa entera con sus artículos.

Su primera resolucion fué tener un nombre. Se decidió á tenerlo, y firmó: Emilio Girardin. Su segunda resolucion fué grabar este nombre en la prensa: formó un libro. Su tercera resolucion fué conquistarse una posicion oficial, que en estos pueblos burocráticos son como un escalon para alcanzar todas las ventajas del renombre y de la fortuna.

Entónces tuvo la idea de fundar un periódico, sin dinero, sin redactores; un periódico destinado á reproducir todo cuanto se escribia en los demás periódicos. A este semanario le puso por título *El Ladron*. De resultas de sus primeros ensayos en la prensa, tuvo dos duelos. En uno salió herido. En el otro tiró el sable, dió satisfacciones cumplidas á su adversario en el campo mismo: era su hermano. A pesar de tener los dos una misma sangre y ser hijos de una misma madre, no se conocian por la diversidad de su orígen.

Entónces renunció á la direccion de su primer periódico.

Mas habia nacido para la prensa, y no pudo nunca abandonar su campo de batalla. La Restauracion se perdia cada vez más en las sombras reaccionarias; y Girardin fundó un periódico de oposicion, que tenia altos patrocinadores en la córte, entre aquellos individuos de la familia real que veian el poder de la dinastía estrellándose en los escollos de una política aventurera y de retroceso. El periódico de Girardin, con su fuerte oposicion, contribuyó á precipitar la catástrofe. Nadie se salvó de la antigua monarquía. Uno de los individuos de la familia real, llegó al trono saludado por los tambores de la Milicia Nacional y reconociendo el dogma de la soberanía de los pueblos, escrito en las barricadas con sangre republicana.

La era inaugurada por la revolucion de 1830 puede llamarse la era del mercantilismo. Arruinado el derecho antiguo, y no victorioso todavía el nuevo derecho, se sentó en el trono de la soberanía y profanó el ara de la justicia. Todos los derechos fueron comprados y vendidos como en almoneda vil. El franco fué el número y la medida y el ideal de todas las cosas. El dinero fué el único soberano de aquella sociedad utilitaria. Pasa ser elector, oro; para ser diputado, oro; para ser senador, oro; para jurado, oro; y el oro, que es por su naturaleza incorruptible, es socialmente corruptor, cuando ocupa el lugar de la conciencia, cuando se erige en el dispensador único del derecho. Girardin

formó entónces un periódico de conocimientos útiles, á cuatro francos al año, periódico que fué el gérmen de la prensa mercantil á fuerza de barata, que más tarde y en mayor escala debia inventar el mismo publicista. En esta época demostró sus grandes aptitudes económicas, fundando sociedades de socorro entre los trabajadores, cajas de crédito agrícola y hasta escuelas profesionales para los pobres. Convenció á los numerosos suscritores de su Revista, de que añadiendo un franco á los cuatro pagados anualmente, podian obrar estas maravillas por el poder nunca vendido de la asociacion que Jouvier elevaba hasta el extremo de afirmar que si el mundo dejára el aislamiento entre individuos, entre clases, entre naciones, entre razas, que es hoy su principio de guerra, su ley de ódio, y entrára francamente en las armonías de la asociacion, podria pagarse con el producto de los huevos de las gallinas toda la deuda de Inglaterra.

Pero pronto se desencantó Girardin de estos sueños humanitarios. Su idea capital fué fundar una colosal fortuna que le diera una colosal influencia. Entónces armó, digámoslo así, una sociedad para fundar otro periódico más grande; el *Museo de las Familias.* El fué el inventor de esos anuncios mónstruos con letras colosales de abigarradas viñetas, con admiraciones é interrogaciones revesadas, que llenan las esquinas de la capital del mundo, que todas las industrias han copiado en mayor ó menor escala y que le han valido el título de hombre-cartel, de hombre-

anuncio. Con estos medios publicó un almanaque titulado *Almanaque de Francia* que le reportó grande lucro. Entónces tuvo su tercer duelo con un periodista que le acusó de haberse vendido al gobierno.

Corrian los años de 1836. Girardin fundó *La Presse*, un periódico puramente mercantil, aunque bajo la advocacion de una idea política. Por la mitad de precio que los otros periódicos daba la mitad más de lectura. La prensa entera podia destruirse en esta mortal concurrencia. No se provoca la ira de los periódicos sin suscitarse enemigos. No se suscitan enemigos tan formidables sin esponerse á luchar peligrosamente. Los periódicos comenzaron á lanzar dardos contra Girardin. Habia entre estos periódicos uno que se levantaba sobre todos por su limpia fama, por su carácter estóico, dirigido por aquel ilustre Carrel, nunca bastante llorado, que habia consumido su vida entera en defensa de la libertad, lo mismo con la pluma que con la espada. Girardin y Carrel tuvieron un duelo. Girardin mató al tribuno más popular de Francia. Esta muerte ha estendido una sombra tristísima sobre su vida y le ha divorciado para siempre del partido republicano francés. Su bala hirió en el corazon á toda la juventud francesa é hirió en la frente á toda la prensa liberal.

Después no ha vuelto á tener duelos. Un dia llamó al escritor Bergeron regicida. Este fué al teatro donde el director de *La Presse* se hallaba con su mujer, la hermosa é inspirada Delfina Gay; entró á mitad de la

representacion en el palco vecino, que estaba desocupado, y llamando la atencion de todo el público por un gran grito, le descargó una terrible bofetada, aguardando con los brazos cruzados y el ademan amenazador las represalias. Girardin se levantó indiferente de su asiento, se fué á la mitad del palco, léjos del alcance de su adversario, y se sentó como si nada hubiera sucedido, viendo hasta el final de la funcion. Al dia siguiente se querelló ante los tribunales.

La Presse no tuvo nunca un color bastante fijo, nunca una idea definida; giró á todos los vientos por una idea falsa, por una concepcion falsa que tiene de la vida, y otra idea falsa, otra concepcion falsa que tiene de la política. Girardin olvida que los escritores, los oradores, los publicistas solo son grandes, cuando se convierten por toda su vida en astros que giran al rededor de una idea. De ella reciben su luz, de ella su fuerza, de ella su vida; porque esa idea es el sol. Pero cuando los escritores, cuando los oradores se convierten en el centro del Universo, cuando se valen de la política sólo para que los realce, y de las ideas solamente para que los ilumine, entónces los escritores pierden el don de la propaganda y dejan de servir á la humanidad, único título de gloria, única prenda de inmortalidad.

¿Para qué se quiere una gran palabra? ¿Para enseñarla como enseña una cortesana un collar de perlas y diamantes? ¿Para qué se quiere una pluma? ¿Para procurarse con ella una posicion que es más fácil en-

contrar en el comercio de cualquier mal oliente estiércol? ¡Oh! Nó. La pluma y la palabra deben servir para la humanidad, para llevar un rayo de luz más al foco de la conciencia humana, para llevar un arroyo más al oceano de las ideas.

La falsa concepcion política tiene un doble aspecto; es de conducta y es de doctrina. Girardin quiere ser tan independiente, que ni siquiera puedan los partidos deberle nada, ni él deber nada á los partidos. Error, funesto error. En política no podemos hacer nada sólos, abandonados; necesitamos la legion sagrada de los que creen lo que nosotros creemos, de los que piensan como nosotros pensamos. La filosofía es una ciencia más especulativa que práctica. Y sin embargo, los grandes filósofos han fundado siempre escuela. Pues bien; las escuelas políticas son los partidos, son esos ejércitos que necesitan disciplina, abnegacion, sacrificios, todo por una idea. Sólo así pueden brotar estos árboles de nueva vida que tan difícilmente se aclimatan en el mundo.

Su concepcion de esa idea política, no es ménos errónea que su concepcion de conducta política. Dice que ama la libertad, y lo creo. Pero ha olvidado que no se puede pedir la libertad á poderes que sólo pueden fundarse en su derrota y sólo pueden sostenerse en sus ruinas. Si Girardin hubiera sabido que la libertad tiene su propia forma, su idea propia, no hubiera apoyado la candidatura de Napoleon Bonaparte á la presidencia, ni hubiera pedido la libertad al

Imperio. Los Bonapartes no tienen tradiciones de libertad sino tradiciones de dictadura. ¿Cómo un hombre que se precia de previsor no comprendió esta sencilla verdad?

Así su vida política ha sido la tela de Penélope. Ha trabajado como el antiguo hebreo siete años por Lia y otros siete por Rebeca. Ha peleado por el Imperio y por la libertad. Pero al fin de sus dias, se ha quedado sin Rebeca y sin Lia. Se ha quedado sin la libertad y fuera del Imperio.

Pocos hombres han tenido más brillantes cualidades, pocos han ocupado una posicion más alta. Redactor de *La Presse* durante la Monarquía de Julio y la República; redactor de *La Presse* tambien y de *La Liberté* durante el Imperio, su pluma ha gritado tan fuertemente sobre el papel, que se ha oido entre el fragor de las tempestades, entre el bramido de los combates, como una de las limas indudablemente más vivas de esta inmensa maquinaria de la sociedad moderna. Pero no basta esto, no basta. Para hacer algo estable, se necesita, ántes que todo, la inspiracion de la fé; para llegar al coro de los inmortales, se necesita, sobre todo, el heroismo de la fé.

[1] [illegible]



DANIEL MANIN.



Daniel Manin.

Cuando llegué á Paris, uno de mis primeros impulsos fué visitar el sitio donde reposan las cenizas de todos aquellos que han obtenido algun culto de mi corazon ó de mi inteligencia. Los grandes hombres pierden mucho, vistos de cerca, en las tristes realidades de la vida, donde la mezcla de mil pequeños accidentes rebaja su estatura moral, que vé la imaginacion siempre entre nubes de gloria. Pero en la muerte se prueba toda celebridad y toma su verdadera medida toda grandeza. En la muerte lo contingente se deshace en polvo leve que el viento disipa, miéntras lo esencial queda y se levanta sobre la descomposicion como el sol sobre nuestro planeta, probando así la eter-

nidad de la vida. El género humano guarda especialmente su memoria para las grandes virtudes. El negro olvido, que es el más triste entre todos los presentes de la muerte, no devora á aquellos hombres que han merecido bien de la pátria ó de la humanidad. Cuanto habia en ellos de mudable, de accidental; ya la mancha lívida que la bílis estiende sobre las ideas, ya el fuego que el calor de la sangre prende en los sentimientos, ya los desórdenes de los nérvios, esas cuerdas siempre vibrantes; todo se vá envuelto en los despojos de la muerte, llevándose consigo la incertidumbre, la duda, las vacilaciones, los desvíos de la línea recta, para dejar tan sólo esa unidad de la idea, que es la vida y que alcanza, por último, el eterno dominio de la gloria.

La injusticia, la cólera, la envidia, no dejan descansar al vivo, porque son, como todo dolor, los aguijones de la perfeccion. Es imposible el trabajo sin esfuerzo; la vida sin pena; la gloria sin que se levanten con su propio calor del lodo de la tierra, los negros vapores de la envidia. Pero la muerte es una transfiguracion; la tumba es un Habor; los sombras que nos parecen eternas cuando las miramos con los ojos de carne, son eternos resplandores cuando las miramos con los ojos de la inteligencia. La descomposicion, la podredumbre, el frio, las tinieblas, el sepulcro, son para las almas como el anillo de sombras en que naturaleza engarza, para hacerlos más visibles, los astros de la noche.

Así no extrañareis que mi primer visita fuese para los muertos, queridos de mi inteligencia. Habia entre ellos uno, cuyos combates en la ciudad de los ensueños orientales y de la poesía griega, cautivara desde la niñez mi admiracion. Yo, aunque entónces niño, habia adivinado en la relacion de los sucesos leida diariamente en las Gacetas de 1848, las cualidades eminentes de aquel tribuno de la independencia, de aquel dictador de la libertad.

¡Qué dias, los dias de 1848! Vivíamos mucho. Cada correo nos traia una nueva sorpresa, con una nueva esperanza. El espíritu brillaba como un cielo por el cual atraviesan súbitamente en las noches de estío innumerables aereolitos. Parecia que el Juicio Universal se iba á celebrar, que Dios brillaba en las nubes armado de su justicia, poniendo á su derecha, entre los elegidos, los pueblos, y á su izquierda, entre los réprobos, los tiranos. Varsovia, Pesth, Milan, Nápoles, Florencia, alzaban las losas de su sepulcro y volvian á la luz. Pero entre estas ciudades, ninguna cuya vida hubiese sido tan ilustre y cuya muerte fuese tan llorada como Venecia. Y entre las legiones de tribnnos, de héroes, de mártires, que el ardor de aquel año genesiaco habia producido, ninguno de integridad tan perfecta como Manin. Parecia la encarnacion de la justicia, levantándose severa en la ciudad de las leyendas. Parecia que se habia refugiado en su carácter, la conciencia de los juriconsultos de Roma, y el patriotismo de los héroes de Grecia; como

se habia refugiado en las lagunas de su pátria, cuando las grandes catástrofes, los últimos romanos que se escapaban de los bárbaros, y los últimos griegos que se escapaban de los turcos. Pero á las cualidades del carácter antiguo reunia Manin leyes de vida y de conducta que sólo pueden ya engendrar los principios morales de la filosofía moderna. Llegar al bien por los medios del bien; regir á la naturaleza humana por las ideas, más que por la fuerza; gobernar á los pueblos, como la conciencia gobierna la vida, despertando en ellos con la voz del deber, una moralidad perfecta; no manchar jamás, ni por la salud de la pátria, con un gran crímen, una gran cáusa; hé aquí los principios salvadores de su política. Reunid á la energía de Danton la conciencia de Sócrates, y tendreis el dictador de las lagunas, el hombre de Venecia en 1848; Daniel Manin.

Yo he visitado su sepulcro aquí, en el Cementerio de Montmartre, á la pálida luz de este cielo funerario, en los tristes dias de Noviembre; cuando la naturaleza se ciñe con las hojas secas, coronas de muerte, cuando las golondrinas se han ido; cuando la vibracion de los mil animalillos estorales se ha callado; cuando los cielos lloran. Yo le he visto alojado en la tumba de Ary Scheffer, el melancólico pintor de la Beatrice de Dante, resucitada en su paleta, con los ojos perdidos en la contemplacion de las verdades celestes, y el corazon palpitando bajo la blanca túnica, al amor de los ángeles; santa y eterna personificacion

de Italia. Yo he querido llamar á la piedra de aquel sepulcro, para interrogarle si en su triste hueco yacian tambien la fé, el valor, la integridad política, todas las virtudes públicas de que se halla tan necesitada nuestra generacion, para reconquistar el bien. El silencio que me respondia, era ese silencio de la eternidad tan fecundo en sábias respuestas, como la profunda meditacion del espíritu. Para remover toda sociedad se necesita un punto de apoyo, que es una idea; y una fuerza, que es la voluntad enérgica de algunos hombres. Manin adquirió esa grandeza moral, que es su gloria, su título á la inmortalidad, inspirándose en la idea que forma desde los riscos de las Termópilas, hasta los sacratísimos muros de Zaragoza, como el inmenso bajo relieve de los altares de la pátria; la idea de la independencia nacional. El talento, la virtud, la palabra, la ciencia, el amor á la familia, el respeto que inspira una vida honrada fueron otras tantas fuerzas puestas por aquel hombre á servicio de una gran cáusa. Ha dejado enterrados en esa cáusa su fortuna, su felicidad, la compañera de sus dias, la santa hija de sus entrañas, el hogar, la pátria; ha vivido entre las tinieblas de Paris, ha muerto jóven, con el corazon partido en pedazos; pero ha sembrado en estos surcos del dolor, regados con la sangre del alma, la inmortalidad para sí, la gloria para su pátria.

Hace pocos meses, Paris, esta capital del continente europeo, quiso demostrar el eterno culto que le inspira la independencia de Italia. Y sabiendo que

tenia algun tesoro italiano, los huesos del gran patriota, iba en el dia de la conmemoracion de los difuntos á llevar coronas de siempre-vivas á la tumba de Manin. Grupos de escritores y de obreros, el ejército moral y el ejército material de la libertad, bajaban silenciosamente la cabeza ante aquellas piedras que cubrian unos huesos inmortales. En vano la policía quiso evitar esta imponente manifestacion; Paris demostró que no ha perdido la memoria de aquel antiguo culto por Italia, que la llevó á enviar como una madre espartana sus más queridos hijos á morir al pié de los Alpes por la libertad de Italia. El dia en que la gran ciudad debia perder este depósito, á su hospitalidad confiado, hubiera sido dia de duelo universal, destinado á demostrar, como en todos los momentos solemnes, cuántas muchedumbres adictas á las grandes ideas, oculta esta ciudad bajo su aparente indiferencia, á la manera que el Etna oculta el fuego bajo sus cumbres de nieve. Pero los huesos de Manin fueron casi furtivamente arrancados á la tierra de Francia y conducidos á la frontera italiana. Una comision de esos escritores franceses que tan profundamente han conmovido la conciencia de Europa á favor de Italia, seguia las cenizas del héroe, en su peregrinacion hácia la pátria. Magnífico espectáculo el que debia presentar en los desfiladeros de la Saboya, en las laderas de los Alpes, al borde de los abismos, entre mares de nieve, ese cortejo fúnebre perdiéndose en las nubes de la montaña, acompañado por el lamento pro-

ado que forma el vuelo del aire entre los pinos, ó la caida de las cascadas entre los riscos. Yo no he podido nunca mirar una gran montaña con sus colinas, de las cuales salen como de otros tantos ubérrimos pezones, los arroyos para alimentar los campos; con sus cinturas de bosques y con sus pirámides de nieve, sin que me hayan parecido grandes monumentos levantados por Dios, para que los hombres graben inextinguiblemente el recuerdo de las cosas eternas. Y si algo hay eterno en el mundo, es el heroismo, es el sacrificio.

Bien fria é implacable es la muerte, cuando los huesos del héroe no han saltado en el ataud, al bajar de las nubes de los Alpes, al seno de Italia y sentir el tibio aire de sus valles, la aureola de su sol, el eco de esa lengua tan melodiosa como las puras inspiraciones de su música. Se ha notado que ni el Piamonte ni la Lombardía han mostrado por Manin el entusiasmo debido á las cenizas del héroe. Después de recientes desgracias, el espíritu provincial y municipal se ha despertado muy vivamente en Italia. No seré quien se queje, puesto que antiguas y nuevas enseñanzas me han demostrado cuán difícil es fundar la libertad, y cuán poco duradera es, si llega á fundarse, miéntras no existan como grandes personalidades, con su propia vida y organismo independiente, el municipio y la provincia. Italia, á pesar de que las más imperiosas necesidades del momento y la fuerza incontrastable de los hechos la hayan arrastrado á ser un

imperio, permanece siempre en la esencia de su organismo político, una federacion. Pero esto no debe ser parte á que mire con punible indiferencia su nacionalidad, la pátria total y nunca levantada sobre los huesos de tantos mártires y espléndidamente ceñida por la corona de tantos génios. Y mucho ménos á que olvide un hombre cuya gloria es tan universal, que pertenece á toda la humanidad; pero que se refleja muy particulamente sobre la faz de Italia.

Pero conforme el féretro se iba acercando á Venecia, un soplo de vida y de entusiasmo corria por las ciudades y los campos. Las coronas decretadas por la historia al heroismo, las palmas del martirio llovian sobre el ataud de Manin. La muchedumbre corria á los bordes del camino de hierro á saludar lo más sagrado que hay en la tierra; los despojos de una organizacion que ha contenido la virtud y el génio. En Pesquiera, ese antiguo clavo de la crucifixion italiana, los soldados los saludaban con sus armas desde los altos muros y los ceñudos bastiones, el paso triunfal del dictador. En verdad, nada predispone al heroismo como el ejemplo del martirio. Siempre que se trate de guerras de la independencia, habrá que citar el nombre de España, nunca fatigada de sacrificios por la pátria. Y nuestros padres, los fuertes castellanos, cuando iban á expulsar los sarracenos de los encantados jardines de Valencia, llevaban sobre el alazan de las batallas, á la cabeza de los ejércitos, el cadáver del Cid, el cual frio, rígido, ganaba los comba-

tes por la virtud de los recuerdos y por la fuerza de la gloria. En Verona el pueblo se arrojaba como á detener la locomotora para guardar por más tiempo en sus campos aquellas cenizas del hogar querido de la pátria. Por fin llegó á las puertas de la inmensa laguna que preside el leon de San Márcos; de esa laguna que ha sido como la esmeralda engarzada en el anillo nupcial del misterioso Oriente con la tierra de Occidente. Allí el féretro tocó el suelo ilustrado por la gloria del hombre cuyos restos llevaba. Al lado de este ataud, iban los ataudes de la esposa de Manin y de su hija Emilia. Un jóven pálido, trémulo, apoyado en una muleta, vestido de negro, con el dolor pintado en el austero semblante y las lágrimas en los ojos, se adelantaba tiernamente, en medio del silencio general, interrumpido solo por algun sollozo, á besar aquellos tres ataudes. ¡Ay! Es el hijo de Manin, que desde la última guerra de la independencia sufre los dolores de una herida causada por el obús austriaco en los campos de Brescia, cuando peleaba en cumplimiento de la última voluntad de su padre, al lado de Garibaldi, por coronar la libertad italiana con su oriental filigranada cúspide, que se llama Venecia. Y se dice que la poesía ha muerto en nuestro tiempo. ¿No os parece todo esto el relato de una de aquellas páginas de la historia griega, de aquellos sacrificios de las Termópilas, de Platea, de Salamina, que Herodoto escribió, que Píndaro cantó, que Esquilo divinizó en el teatro, y que todavía repite el

cincel en el mármol y en los bajos relieves cuando quiere levantar altares á las dos ideas humanas por excelencia, á las ideas de la libertad y de la pátria? El dolor no se ha extinguido en el mundo; la sed infinita de justicia no se ha apagado ni se apagará nunca. Nuestros hijos trabajarán, como trabajaron nuestros padres, como trabajamos nosotros, en levantar esa ciudad del progreso que no se acaba nunca, á la manera que nunca se acaba el espacio, esa ciudad infinita como el Universo. Y las generaciones venideras leerán arrobadas, en sus luchas por las conquistas de mundos mejores, la historia de todos estos desterrados, de todos estos mártires que han sabido ofrecer halagos de la fortuna, placeres de un dia, tras los cuales corren desoladas tantas gentes, amores de la familia, delicias del hogar, porque sus semejantes subieran una grada más en la escala infinita por la cual se acerca con tanto trabajo la humanidad á su transfiguracion en el seno de la justicia.

En verdad, Venecia merecia todos los sacrificios hechos en sus aras por Manin. Ciudad tal vez única en el mundo levantada sobre la arena movible de las lagunas, cambiante como el aluvion de las inundaciones, y firme, incansable en el trabajo de presentar sus ofrendas en el templo de la civilizacion. Poblada por los latinos que huian de las irrupciones de Atila y por los griegos que huian del despotismo de Bizancio y de la cimitarra de los turcos; situada en la interseccion del mundo helénico, del mundo germánico y del

mundo romano; levantada en la península italiana, á las puertas del oriente, como una Sibila de la Atica á la entrada de un templo del Asia; oyendo todos los misterios de la cuna de las religiones y grabándolos en las tablas de sus archivos; asilo hospitalario de los mayores génios del Renacimiento y de los sábios que traian desde las antiguas ciudades caidas en la esclavitud los bajos relieves de las artes plásticas; factoría del comercio y escuela de las inteligencias; rodeada de su cintura de islas que cada cual le enviaba en sus saludos sus inspiraciones; entregada al trabajo en la noche de la Edad Media, cuando el resto del mundo se entregaba á la penitencia en los cláustros; servida por ejércitos de doradas naves, que traian en sus vientres los productos de todas las regiones y en sus rizadas velas el aliento de todas las ideas; con el Adriático al frente, los verdes campos en torno, los nevados Alpes á la espalda; surcada de aquellos canales donde el mar reluce con sus celestes aguas recamadas de espumas, repitiendo al pié de los sombríos muros de sus edificios, todos los prodigios de la luz caida de incomparable cielo; ornada con toda la série de las maravillas arquitectónicas, desde el encaje de las cinceladuras árabes, hasta la severidad de las columnas griegas; desde los arcos bizantinos que parecen implantados por toda una eternidad en la tierra, hasta las cúpulas góticas recamadas por crestenas que parecen volar eternamente al cielo; por sus artes, por sus riquezas, por sus lagunas atravesadas de escuadras, por sus ca-

nales atravesados de góndolas: Venecia es la ciudad más privilegiada de la tierra; una sirena griega y una sacerdotisa asiática; reina y trabajadora; poeta y comerciante; el reflejo del mundo antiguo y el milagro del mundo moderno, donde irán todas las generaciones siempre que quieran inspirarse en la contemplacion de las edades pasadas, y en los misterios de la poesía que se desprenden como una esencia aromática de su viviente historia.

Pero Venecia fué poco á poco decayendo. Su aristocracia, como todos los cuerpos privilegiados, perdió el sentido político en cuanto llegaron los tiempos de la democracia, los tiempos del derecho. Su comercio perdió la antigua importancia así que los portugueses doblaron el cabo de las tormentas y los españoles descubrieron América. La revolucion encontró la aristocracia en su trono de las lagunas como una mómia en las pirámides del desierto. Un dia entró Bonaparte; el futuro dictador militar de los plebeyos entró en Venecia con el ódio á la aristocracia mercantil que Sila sintió en el suelo de Aténas por la democracia griega. Y después de haberla despojado del Leon de San Márcos, que envió á la esplanada de los Inválidos, y de la cuadriga levantada sobre la portada de la gran Basílica, que envió al arco del Carroussel, y de muchos de sus cuadros, que envió al Louvre, entregó al Austria los restos de la oriental ciudad, semejantes á los restos de un navío encallado y podrido en la arena. El últimos de los Dux, el Augústulo de tales

Roma de los mares, vendida en el siglo décimo-nono por un corso á los germánicos, se desmayó al prestar juramento al Austria, como si oyera la voz de las generaciones pasadas y sintiese ya en sus lábios la hiel de la ignominia que le reservaba la historia. Pero Napoleon estaba fundido en el bronce del destino. Sus palabras eran decretos. Sus tratados la base de una nueva Europa. Aquel hombre que tan admirablemente conocia las matemáticas de la táctica, ignoraba otras matemáticas más sublimes, la astronomía de las naciones. Desgarraba el mapa de las nacionalidades con sus espuelas. Y de las tiras queria formar nuevos pueblos. Nada más arbitrario que entregar Venecia al Austria. Los que se salvaron en las lagunas, como Noé en el arca, del diluvio de los hunnos el siglo quinto, fueron á caer, despues de ilustrar la historia moderna, al pié de los croatas. Nada más contradictorio que el génio veneciano y el génio austriaco; nada más enemigo que esta ciudad oriental, rodeada, como Vénus, de palomas, y aquel inmenso brutal Imperio, rodeado de bayonetas. Napoleon habia aprisionado á Venecia en un cuartel.

Pero es imposible medir, ni con el pensamiento, hasta dónde llega la resignacion de un pueblo. Nadie es capaz de saber cuántos resortes tiene el despotismo ni cuántos la obediencia. Asusta calcular el peso de las tiranías que pueden cargarse sobre el lomo de las naciones. Todas las razas han tenido su cautiverio de Egipto. Y todas han necesitado de un Moisés. El

que debia salvar á Venecia era Daniel Manin. En su vida y en su muerte aprenderán todas las generaciones á tener fé en los consuelos que guarda definitivamente la historia para todos los sacrificios. Nadie debe desesperarse como el último tribuno en la última noche de la antigua libertad romana. Ningun esfuerzo que por el bien hagamos, se pierde. Ninguna idea que en la conciencia sembremos, se esteriliza. Tomás Morus llamaba en el siglo décimo-sexto, entre el fragor de las guerras, utopia á la paz religiosa de las naciones católicas y protestantes. Pero la utopia del siglo décimo-sexto fué el derecho internacional del siglo décimo-séptimo, escrito en la paz de Westphalia. Así Manin se expátria, vive en las sombras y en el dolor, vé caer primero á su esposa y después á su hija; pierde poco á poco las ramas todas del árbol de su vida, muere en el destierro, duerme diez años en el ingrato extranjero suelo; y hoy Venecia engarza los huesos del mártir en la diadema de sus glorias. Al bien debemos ir sólo por el camino desinteresado que nos inspire; sin aguardar recompensa, sin prometernos ni siquiera la satisfaccion de gozarlo; porque aun esta legítima satisfaccion es una voluptuosidad indigna de las grandes austeridades morales que exige todo apostolado. Pero las leyes de la naturaleza moral, no pueden dejar de cumplirse, como no pueden dejar de cumplirse las leyes de la naturaleza física; y yo, que estoy seguro de la inmortalidad; yo, que no creo en la muerte total y eterna; yo descubro el premio reserva-

do al mártir; yo le veo habitar en espíritu en Venecia independiente; sentir en sus huesos el calor de la vida al ósculo del aire que se levanta de las lagunas; entrar como un génio invisible y benéfico en el hogar, libre de esbirros, para oir las santas expansiones de la familia; mezclar su conciencia en una efusion divina de fé con la conciencia de las generaciones presentes y venideras, cuyas cadenas ha roto, y acabar por bendecir su sacrificio como Cristo bendijo la cruz.

Casi no debia decir nada de la vida de este hombre. Todo interés desaparece tras esta severa frase: vivió y murió por la pátria. Pero considerémos rápidamente algunos rásgos de su existencia. Seis años hacia que el Austria recogiera de manos de Bonaparte el cadáver de Venecia, cuando nació Manin. Por su sangre era de esa raza judía tan tenaz en sus creencias, raza de desterrados y de profetas. Miéntras crecia, Venecia pasaba de manos del Imperio francés á manos del Imperio austriaco, segun las varias alternativas de la guerra entre los déspotas. Después de 1815 cayó Venecia en el sepulcro abierto por el Austria, y la laguna de San Márcos continuó confiando á los vientos el eterno lamentar de una ciudad sierva. Manin oia diariamente de lábios de su padre, abogado que habia sido su maestro, una doble maldicion contra Austria que esclavizó, y contra Napoleon que entregó á Venecia. En estas maldiciones se templaron las fuerzas de su carácter y adquirió el ódio eterno á la tiranía. La jurisprudencia y la filosofía fueron sus estudios favori-

tos. A los diez y siete años era ya doctor en derecho. En 1830 abria su estudio de abogado en el barrio de Mestre, á las puertas de las lagunas. En aquel mismo año pasó la revolucion de Francia por Venecia, como la galvanizacion por un cadáver. Manin, que no habia querido pertenecer á las sociedades secretas, pensó en tomar el Arsenal y emancipar á su pátria. Pero la revolucion fué un relámpago en Italia. Venecia no se movió. Y Manin pudo ocultar su pensamiento y su proyecto en el fondo del alma. Siete años más tarde trató de convertir en una liga de patriotas una sociedad de ferro-carriles. Esta sociedad fué disuelta por el gobierno, pero quedó el lazo de union moral entre los venecianos. En 1847 se reunió un Congreso científico. En él habló el orador sin tribuna, el abogado sin palabra, el patriota sin pátria. Con una grande habilidad, convertia las cuestiones económicas en cuestiones políticas, y con el apotegma de más pura ciencia, lanzaba un dardo agudo al corazon del tirano. Austria conservaba una sombra de representacion popular, para encubrir en ella los hierros de los pueblos. Manin escribió una especie de memorial, que en apariencia era una invocacion á esa sombra, y en realidad un llamamiento al pueblo. Después, en compañía de Tomasseo, redactó una protesta contra la censura. Naturalmente, no se podia dirigir la mano al tigre, ni aún humildemente, sin exponerse á sus garras. Manin fué preso. No habia ningun cargo que dirigirle. Su divisa habia sido: legalidad y publicidad.

El abogado no se habia convertido todavía en tribuno. Los jueces lo absolvieron por inocente, pero la policía lo retuvo en prision por peligroso. Zpielberg, con todos los horrores de la expatriacion unidos á los horrores del cautiverio, era su porvenir.

En esto sucedieron grandes hechos. La palabra "libertad" salió de lábios del Papa. Una esperanza universal, infinita, se apoderó de todos los corazones. Parecia que la Roma antigua y la Roma nueva se reconciliaban; que los tribunos y los Papas se unian en augusta personificacion; que la libertad y la Iglesia iban á presidir un nuevo mundo moral; y que las promesas sociales del Evangelio se cumplian todas en un solo dia, uniendo los pueblos en el seno de la humanidad, y la humanidad en la creencia de un Dios. Lo que los pintores del Renacimiento habian hecho en la esfera del arte y con el mundo de lo pasado, la union de dos estéticas, el engarce de la idea cristiana en la forma pagana, lo iba á hacer Pio IX en la esfera social y religiosa en el mundo de lo porvenir; la union de dos creencias y de dos dogmas, el engarce de la razon en la fé, de la libertad moderna en los principios eternos del Evangelio. Estas esperanzas corrieron por el mundo levantando el oleaje de infinitas ideas. Los patriotas italianos imaginaron que Italia, no solo se despertaria de su abatimiento, sino que revindicaria el predominio moral del mundo, por sus concilios y sus pontífices, como en los tiempos clásicos por su Senado y por sus Césares. Garibaldi volvió de América, dis-

puesto á servir bajo la bandera donde ondeaban las enseñas de la libertad y del Evangelio. Las ciudades tanto tiempo enemigas se devolvian los trofeos que recordaban las victorias de unas sobre otras, queriendo confundirse todas en el sentimiento de la pátria. Sobre el federalismo de las provincias, se levantaba la unidad del alma nacional. Y una ceremonia conmovedora se celebraba en una Iglesia de Venecia. En el seno del pueblo habia dos gremios enemigos que muchas veces ensangrentáran con sus luchas el agua de los canales. Pues bien; los dos gremios acudieron á una Iglesia y se postraron de rodillas en oracion, para pedir al cielo perdon de aquel fratricidio histórico. Y cuando el sacerdote alzaba á Dios y despedia sus melodiosos acentos, y las campanas sus agudos tañidos, los dos jefes de ambos gremios arrancaban sus distintivos enemigos y tendian la mano á los altares para jurarse eterna reconciliacion en el amor de la pátria y en la esperanza de su anhelada libertad.

Pero no habia sonado aún la hora del combate para Venecia. Manin pensaba que este grave suceso requeria otros dos prévios y gravísimos; una revolucion en Paris, otra en Viena. Los dos sucesos se realizaron. Las autoridades austriacas temieron tanto la resonanza del combate de Viena, que libertaron á Manin y á Tomasseo, presos desde que acaudillaron la agitacion legal. Esta no podia continuar, sin grave peligro de convertirse en guerra. Por fin, una mañana llamó á su lado á su hijo, y se despidió de su mu-

jer y de su hija. Iba al Arsenal á expulsar el Austria de Venecia. La victoria coronó sus esfuerzos. Venecia fué libre el dia veinte y dos de Marzo de 1848. Las lagunas resonaron con los gritos de júbilo por la gran ciudad lanzados á los vientos, que por tanto tiempo sólo habian comunicado á las olas mal reprimidos sollozos.

Manin proclamó la República. Esta forma de gobierno tenia innumerables ventajas en Venecia. Era la tradicion de muchos siglos. Recordaba los tiempos en que la ciudad se unia en nupcias fecundísimas con el Adriático. Habia reunido lo que tan difícilmente se reune en el mundo: las ventajas del comercio, con las inspiraciones de las artes. Su Senado se parecia por su grandeza al Senado romano, y por su brillo y su prestigio á la cámara de los Lores de Inglaterra. Su recuerdo era sagrado para todas las provincias con las cuales formó pactos, en vigor hasta el dia de su muerte. Y su poder era tan respetable por lo antiguo, que ántes de Carlo Magno formaba una federacion de setenta y dos Islas presidida por doce islas mayores, cuyas naves llevaban reunidos en sí todos los gérmenes del comercio moderno.

Situada Venecia á las puertas de los mares helénicos; viendo desde su Bucentáuro esa guirnalda de islas que se extiende hasta el Asia, y de las cuales han salido para conquistar el mundo moral y embellecerlo, legiones de filósofos, de escultores, de poetas; preciso era que al levantarse nuevamente de su lecho de ce-

nizas, intentára fundar una de esas federaciones á la antigua; donde la libertad reina en todo su vigor y la ley es la realidad del derecho, y el orgullo de los ciudadanos, dueños todos de su personalidad, los convierte en héroes; donde se podia unir á la democracia artística de Aténas, la riqueza de Cartago, y al combate de los marinos con las olas del mar, la propaganda por los tribunos de todas las ideas en la mente; continuando así las tradiciones de aquellas ciudades italianas de la Edad Media, de Florencia, que inventa la letra de cambio y escribe las páginas de la *Divina Comedia;* de Génova, que funda el Banco é inspira á Colon sus poéticos ensueños; de Aosta que engendra sus pastores al gran metafísico San Anselmo; de todas, en fin, que dejan una estela en los tiempos cuyo brillo no se extinguirá miéntras quede en la conciencia humana el culto á las ideas y el respeto á la gloria; una estela histórica, en la cual podia aprender Venecia, que la prolongó sobre el Adriático, á resucitar sus antiguas instituciones sin resucitar su aristocracia y á dar al mundo el ejemplo de las libres Ligas Griegas que nos han enseñado el arte, el pensamiento y el heroismo.

Manin, pues, proclamó la República de Venecia. Su primer pensamiento fué como su primer deseo: dejar la dictadura desde el punto en que habia triunfado la revolucion. Venecia sin austriacos, era una obra tan grande, que bastaba á satisfacer á un héroe y á inmortalizar una vida. Pero no pudo dejar el mando

de la ciudad. Los peligros que habia corrido Venecia al fundar su independencia, eran muy inferiores á los que debia correr para defenderla. Italia deseaba su libertad y odiaba al austriaco. Pero no sabia los medios políticos idóneos á conseguir este grandioso fin; no sabia con qué piedras levantar los altares de la patria. Esa nacion que se ha distinguido entre todas por su genio político, estaba como ébria, tomada, sin duda, del vino viejo de los recuerdos en el festin de su nueva vida. Ya clamaba porque Pio IX la condujera á la guerra con el austriaco. Ya seguia al rey de Nápoles, que la abandonaba en los momentos más solemnes y más críticos. Ya se fiaba de Cárlos Alberto más preocupado de salvar sus dominios feudales que de salvar á Italia. Hasta en la cuestion de si debia ó no apelar al extranjero, vacilaba la península. Miéntras unos querian invocar el auxilio de Francia otros lo rechazaban. De suerte que Italia, como el antiguo capitan, habia sabido vencer; pero no habia sabido aprovecharse de la victoria.

Manin veia naturalmente, en su clara y práctica inteligencia, las necesidades supremas de la situacion; en frente de una alianza de Austria y Rusia, otra alianza de Italia y Francia. Pero Cárlos Alberto contrariaba esta idea porque temia un hecho inevitable: la reclamacion de Saboya por Francia como premio de su alianza y como compensacion al engrandecimiento de Italia. Educado en las antiguas ideas á las cuales habia servido siempre, pero adivi-

nando con la ambicion propia de su raza el partido que podia sacar de las nuevas, dudaba en los momentos en que la fé es más precisa y la energía más salvadora. Manin se dirigia á Inglaterra pidiéndole su reconocimiento y su apoyo moral en los consejos del mundo. Pero Palmerston temia favorecer la propaganda republicana con el reconocimiento de Venecia; propaganda que detestaba, primero por ser inglés, y después por no fomentar las revoluciones de Irlanda. Lo inconcebible es que Francia no oyera la invocacion de Manin. La República francesa, que debia hundir en la tumba á la República de Roma, no quiso reconocer en su cuna la República de Venecia. Lamartine, que estaba entónces á la cabeza del gobierno, y que tantas veces habia escrito tiernas y encantadoras páginas sobre Italia, ni siquiera aspiró el aroma de poesía que se levantaba de las lagunas libres y que podia llenar con azuladas nubes de incienso el templo de su gloria. Trató á Italia como él mismo nos cuenta que habia tratado á Graziella. Se contentó con arrojar palabras incoherentes sobre el ataud, como Hamlet sobre el ataud de Ofelia, muerta por su culpa. Venecia se quedó sola en el mundo. Entónces se entregó la ciudad republicana á la monarquía constitucional del Piamonte. Y Manin, que no queria ser contado entre los cortesanos, dejó el gobierno de su pátria.

Bien poco duró esta anexion. Manin habia previsto su inutilidad. Un puñado de oro que le arrojaron como á una mendiga, y mil cuatrocientos hombres de

socorro: hé ahí lo que hizo Cárlos Alberto por la más hermosa entre sus provincias, por Venecia. A los pocos dias sufrió el rey una derrota, y su primer acto fué abandonar los nuevos dominios, traidos á sus piés por la libertad, para conservar los antiguos, heredados del feudalismo. Cárlos Alberto se comprometió á abandonar la Lombardía y el Véneto, dejando ámbas regiones bajo la proteccion del Austria. Venecia no sancionó aquel acto. La República reapareció en las lagunas, y Manin reapareció en el gobierno. Ya que no podia salvar la independencia de su pátria, salvaría su honra.

La asamblea se reunió, y Manin obtuvo la presidencia del triunvirato, y la dignidad de una dictadura indispensable en medio de tan graves peligros. Manin pidió que la Asamblea le diera un voto de confianza y lo alcanzó por aclamacion. Pidió que los habitantes llevaran á la casa de la moneda todos los objetos de plata y oro para cambiarlos por recibos que daban un grande interés, y Venecia entera le entregó sus joyas con la alegría de los héroes. Envió al gran Tomasseo á Francia para pedir su intervencion á favor de la libertad veneciana. En su febril agitacion, y en el hervidero de su pensamiento, Venecia aparecia aún como el refugio de la libertad italiana. Pensaba hacer de ella lo que España hizo de una ciudad muy semejante en la guerra de la Independencia; lo que España hizo de Cádiz; el baluarte donde la bandera italiana podria extender su sombra maternal como una gran-

de esperanza sobre toda la península. Un empréstito de diez millones de francos fué decretado por Manin para socorrer á la Italia del Norte, y cubierto por todos los habitantes, que se arrancaban el pan de la boca para entregarlo á la pátria. Ochenta y cinco mil francos gastaba por dia, y solo daban las rentas ordinarias doscientos mil por mes. Pero así que combinaba cualquier operacion económica, y recurria á cualquier empréstito, los más ricos propietarios de Venecia se volvian pobres por entregarle el oro necesario á la salvacion de la pátria. Un dia reunió la Asamblea para sancionar sus proyectos económicos. La Asamblea quiso decretar un sueldo á los individuos del gobierno, y con especialidad al Presidente de la República. "No lo aceptaré, contestó Manin; "viviré de mis recursos. Cuando me falten, recurriré "á mis amigos. Pero jamás aceptaré sueldo de mi "pais miéntras lo vea como hoy, reducido á pedir una "limosna para rescatarse de su servidumbre."

No bastaba con mostrar estas grandes cualidades de hombre honrado y de hábil economista; necesitaba tambien ser militar. Cárlos Alberto se habia arrepentido de su primera debilidad. Hungría acababa de sacudir el yugo de Austria. El Piamonte fundaba asociaciones para defender y salvar la ciudad, que era la Covadonga de donde iba á salir la nacionalidad italiana. Inglaterra proponia que Austria concediera á Venecia el título de ciudad libre, ya que no queria consentirle el título de ciudad italiana. Manin

quiso mostrar que merecia la corona con que la opinion europea lo premiaba y mandó una salida contra Mestres, llave de las lagunas su union con la tierra firme, sitio en que estaban parapetados los austriacos.

Los austriacos fueron desalojados de Jusina, de la estacion fortificada de Marghera y de sus parapetos de Mestre, dejando en poder de los venecianos quinientos prisioneros y seis cañones, y sembrados en diversos puntos más de doscientos cadáveres. Hugo Bassi, e jóven sacerdote amigo de Garibaldi, estaba allí. En una mano llevaba su Dios, en la otra su bandera; sobre la frente la aureola de todas las virtudes, en los lábios la elocuencia de la fé; y herido, desangrado corria junto á las legiones de la libertad para alentarlas y sostenerlas, recordándoles que los sacrificios por la Pátria se elevan á la altura del martirio religioso en la justicia del Eterno. Los jóvenes se distinguieron de una manera admirable. Dos niños de diez años tocaban el tambor. Uno de ellos cae herido; su compañero lo recoge, se lo carga á la espalda y continúa batiendo su tambor á ataque. La bandera italiana cae al agua desde uno de los barquichuelos, y un marinero se arroja al canal, la saca, la sube al mástil, gritando entre una granizada de balas: ¡Viva Italia! Lo cierto es que desde el 23 de Marzo de 1848, en que Venecia se declaró libre, hasta el 29 de Octubre del mismo año, en que obtuvo todas estas señaladas victorias, la vida de Venecia fué un sacrificio contínuo, un holocausto á Italia. La igualdad de los sacrificios

habia despertado la idea de la igualdad humana en aquella antigua tierra de la aristocracia. Pobres gondoleros fueron enviados á la Asamblea nacional. Uno de ellos, Grossi, hablaba como un orador de los antiguos tiempos. Sus compañeros abrian pequeñas suscriciones entre sí, para darles el jornal que perdian diariamente en sus graves ocupaciones de servir á la pátria.

Reunida regularmente una nueva Asamblea, declaró que habia cesado la dictadura el 17 de Febrero de 1849. Como la Asamblea mostrara alguna lentitud en la constitucion del nuevo poder, y algunos miembros tendencias contrarias á las de Manin, el pueblo protestó en desórden. Pero Manin empuñó la espada, se situó en la escalera de los Gigantes, y dijo al pueblo que podria entrar, si queria, á violar la majestad de la asamblea, pero pasando sobre su cadáver y el cadáver de su hijo, que tenia á su lado, para enseñarle á morir por la ley, después de haberle enseñado á pelear por la libertad. Se puede sin duda decir en vista de este hombre y de esta conducta, que se realizaba el ideal de tiempos muy hundidos todavía en los limbos del porvenir; que una conciencia dirigia una sociedad, y la moral era todo su código, la justicia absoluta su centro de gravedad.

Pero llegaron los momentos terribles, los momentos en que todas las esperanzas de libertad debian desvanecerse. Eran los últimos dias de Marzo de 1849. Cárlos Alberto, caia en Novara. Rusia arrastraba á

Hungría al matadero. Francia se entregaba á la reaccion que debia concluir por fundar el imperio. Los austriacos pudieron estrechar el sitio, encerrar Venecia en los últimos círculos del infierno de su martirio. Manin preguntó á la Asamblea si era necesario, resistir á toda costa. La Asamblea respondió que sí. Manin subió á lo alto de la torre de San Márcos, y allí, en presencia de los Alpes y del mar; bajo los rayos más puros del sol que brillaba alegre, iluminando indiferente el espectáculo tristísimo de los dolores humanos; entre el bosque de columnas, cúspides, bolaretes, rotondas, que forman como una unidad aérea, cuyos esplendores se aumentan con las blanquecinas ténues nieblas de las lagunas sonrosadas por los juegos de la luz repetida en las aguas; cerca del cielo como una apelacion á la justicia de Dios desplegó el pabellon rojo que indicaba la resolucion tomada por toda una ciudad, de defenderse hasta el último trance ántes que consentir nuevamente sus ignomias. Pero no habia remedio. Abandonada del mundo, sin auxiliares, reducida á sus fuerzas, muerta de hambre, cañoneada, incendiada, con un ejército de cuarenta y cinco mil hombres sitiándola; con una escuadra valerosa y formidable que le quitaba la posibilidad de todo auxilio; agotados sus víveres; agotadas sus municiones; reducidos á escombros barrios enteros de pescadores; desarrollado el cólera con una fuerza horrible, como si hubiera querido auxiliar á los sitiadores; Manin tenia que optar entre estos dos extremos igualmente horribles:

ó entregarse al extranjero, ó borrar Venecia del mundo, arrojándola como un cadáver en las lagunas y haciendo desaparecer las maravillas de sus artes, en suicidio tan horroroso como el suicidio de Numancia.

La Asamblea, el pueblo querian morir. Manin queria conservar á Venecia para el mundo, Venecia para sus hijos, Venecia para las artes, Venecia para el porvenir, Venecia para libertad. Manin, al proceder así, era el hombre de su tiempo, y preparaba, como los profetas de Israel, los tiempos por venir. El suicidio de Bruto se concibe por el sentimiento de desesperacion que habia en el seno de las sociedades antiguas. Cuando se arrancaba una institucion, se arrancaba la raiz de la vida. Nadie creia que la justicia pudiese volver á la tierra. Una teología implacable la consideraba como refugiada eternamente en el cielo. Carecian de esta idea del progreso, tan arraigada en nuestros tiempos y por la cual se trasmiten unas generaciones á otras generaciones, como herencia sagrada, con sus esfuerzos inmanentes de toda la historia, el tesoro de sus esperanzas. Cuando la vida está encerrada en el estrecho círculo de un privilegio y de una ciudad, se concibe que la vida se acabe con el nido que la contiene, con el hogar que la encierra. Así los antiguos se suicidaban; Caton al pié de la ley, Bruto al pié de la República, Neron al pié del trono, Cleopatra al pié del lecho, Demóstenes al pié de la pátria. Indistintamente, los buenos y los malos se mataban y cuando desaparecia el objeto principal de su vida.

lo mismo las ciudades. Sin negar el heroismo de Tiro, de Jerusalen, de Sagunto, de Cartago, de Numancia, convengamos en que ese heroismo se concibe cuando los pueblos adoran ciegamente la irrevocable fuerza del destino, cuando no poseen ni esperanza ni sentimiento de progreso, cuando se imaginan eterna la victoria de sus enemigos, cuando con los muros de la pátria se hunden los hogares, los dioses, las leyes, la libertad, el alma, la vida entera, prendida entónces como los vegetales á la tierra. Pero en el mundo moderno, en este mundo de solidaridad y de justicia, donde todos los agravios al derecho han de tener una reparacion por la fuerza inmensa de las ideas, donde el principio de las nacionalidades se halla tan arraigado como antiguamente el principio de justicia, donde sin dejar de pertenecer á la pátria, primer santo culto de nuestra vida, pertenecemos á la humanidad, en otro culto ménos entusiasta, pero más alto, no se concibe el suicidio de un pueblo, si no ha perdido la fé en el progreso humano, y con la fé en el progreso humano, todas sus esperanzas. Manin hizo bien evitando una muerte vertiginosa, trágica, horrible, entre las llamas, como proponian muchos en la embriaguez de la desesperacion, á la ciudad de las maravillas orientales, que es uno de los más bellos ornamentos de nuestro planeta.

El 27 de Agosto de 1849, después de medio año de una defensa que solo reconoce por superior en la historia moderna, nuestra defensa de Zaragoza, Ma-

nin salió de su ciudad para no volver jamás, en tanto que los austriacos se deslizaban por los canales, á cuyos bordes los palacios solitarios y cerrados, parecian tristes é inmensas tumbas. En medio de todo, ¡qué gran consuelo! Salia de una ciudad después de haberla defendido heróicamente ante los croatas. Sabia que todos sus conciudanos hubieran muerto por retenerle en su hogar. Abandonaba su pátria arrojado por el extranjero. No probó el dolor de los dolores en el destierro; no supo lo que es verse expulsado de su país, por su país; rechazado por los que hablan su misma lengua y tienen su misma sangre; sin atreverse desde el extranjero, ni á maldecir siquiera á los tiranos, por el temor de maldecir al mismo tiempo á la pátria; cierto de una orfandad eterna, de ver sus huesos abandonados para siempre, como huesos facciosos en el suelo del destierro, léjos del calor que deben irradiar dentro dentro de una misma tumba, en una misma tierra, los huesos de nuestros predecesores, los huesos de nuestros padres.

Manin se embarcó en un buque francés. Sus simpatías por la nacion revolucionaria, por Francia, eran vivísimas apesar de la ingratitud con que las pagó la República de 1848. Su mujer y sus dos hijos le acompañaban. Al llegar á Marsella, murió su mujer. Esta nueva herida ahondó más el abismo de dolores que hervian tristemente en su corazon. De Marsella vino á Paris y se alojó en la triste calle de Petits Ecuries. Habiendo rechazado todos los auxilios que la munici-

palidad de Venecia quiso darle, al partir, vivió en triste pobreza, aquí, en esta gran ciudad donde la miseria es tan triste. Vivia estrechamente de dar lecciones de lengua italiana. Sus discípulos se hallaban expar-cidos en diversos barrios de Paris. El no podia tomar coche, porque en ese lujo, casi necesario á su salud y á su oficio, hubiera disipado sus pobres soldadas. En los dias frios de Paris, azotado por la llúvia, resbalándose sobre el barro, este representante de la ciudad que acaso haya sido más rica en el mundo, este Dux de Venecia, era la imágen viva del destierro. Cierto dia encontró á uno de los primeros artistas franceses, y le dijo lo siguiente: "mi oficio no siempre es agradable. Hoy estaba dando lecciones de italiano á una gran señora, entró su marido y no me saludó."

Pero el dolor de los dolores era su hija, su Emilia, que se moria de ataques de nérvios en una prolongada, desesperadísima agonía. Su débil naturaleza; su grande inteligencia; el culto á la pátria que habia aprendido en el hogar; las terribles tragedias de aquel sitio de dos años; el dolor de abandonar la pátria, la muerte de su madre; las tristezas del destierro, la vista de las desgracias de aquel anciano reducido á la miseria; la nostalgia eterna de las lagunas donde pasaron algunos rayos de luz entre los dolores de su vida: todas estas tristezas le partieron el corazon hasta que murió de pena ¡pobre mártir! besando las manos de su padre y dirigiendo la última palabra suprema de la agonía á su ausente pátria. ¿Qué debia suceder? Ma-

nin recogió sus últimas fuerzas, escribió como un testamento sagrado de postreros consejos á su pátria, y murió tambien de la herida moral de su corazon, durmiéndose como un obrero que ha trabajado mucho y para el bien, con el reposo de la conciencia, con la serenidad en el rostro, con la vision de su idea en los ojos, seguro de que la muerte no llega nunca á los que han sembrado la justicia en la tierra.

Cuando en una vida tan llena y tan larga como la vida de Manin, se llega á la muerte; el héroe se trasforma en númen y ejemplo eterno de virtudes, su historia en deslumbradora apoteosis. Perteneciente á una familia de raza judía y de orígen español, tiene de los judíos Manin la fé y la inquebrantable esperanza; tiene de los españoles el amor sublime á la pátria y la constancia inquebrantable para sacrificarse por su cáusa. En la vida privada, es el modelo perfecto del padre, del esposo, del amigo. Su vida pública es la elevacion á ley general de los principios que rigen á su vida privada. Ha sido un error muy acreditado en Italia el separar la moral en pública y privada; el creer que los principios de justicia no rezan para las naciones, ni deben estimarse válidos entre los repúblicos. La perfecta diplomacia ha sido el arte perfectísimo de engañar. Maquiavelo, para salvar á Italia, proponia destronar á Dios y entronizar al diablo; prescindir de los escrúpulos como de un obstáculo á toda empresa y de la moral como de una cadena para la accion; borrar la línea entre el bien y el mal; atraer á una cáusa

los hombres por sus pasiones, y dominarlos por el fomento de sus vicios; despojarse de la conciencia como de una carga inútil, y adorar el crímen como una fuerza incontrastable; engañar al aliado, asesinar al enemigo, expulsar los partidos adversos á las colonias ó exterminarlos, si es preciso, para conseguir el único fin apetecible en política; la victoria. Estos principios nacidos de la desesperacion sublime de un génio; impregnados muchos de ellos en sangrienta ironía; escritos otros como el resultado de profundas observaciones sobre las fuerzas de la sociedad; propuestos y propinados como el médico propone y propina el veneno al enfermo; estos principios crearon una série de políticos en Italia, cuyo catecismo de libertad fué el crímen como una reaccion contra tanto y tanto monje y doctor, que habian hecho del Evangelio un catecismo de servidumbre. Pero Manin comprendió que los principios sencillos de moral son los más fecundos, así para la vida pública como para la vida privada; y que Washington fundó un pueblo inmortal, y una libertad eterna en las bases de la virtud, en el hogar, y de la justicia, en la ley. Así la dictadura de Manin fué un patriarcado; su gobierno agitadísimo como la edad de oro de la nueva Venecia. No es mucho, pues, que durante su ausencia el gondolero entonára en los canales canciones melancólicas, pidiendo á la tierra de Francia los huesos de Manin, y que una urna funeraria haya entrado desde el destierro, como jamás entraron los afortunados capitanes desde la cima de la

victoria, en la ciudad de las lagunas, seguida de todo un pueblo, acompañada de un coro infinito de bendiciones, rodeada de los representantes de todas las naciones que defienden la libertad, porque esa urna funeraria no contiene los frios despojos de la muerte, sino los eternos gérmenes de la vida; los ejemplos de la virtud y de la fé.

Paris, 31 Marzo, 1868.